



*Breve suma de la vida, y hechos del
Cardenal don Juan Martínez Silí-
ceo Arzobispo de Toledo. Cap.
XXII.*

Por muerte del Cardenal don Juan Tavera Arzobispo de Toledo, sucedió en el Arzobispado (como avemos dicho) el Cardenal don Juan Martínez Silíceo, cuyos hechos desde que tuvo esta dignidad, van corriendo con los del Emperador don Carlos quinto, y su muerte casi con el tiempo en que el Emperador renunció sus reynos, y estados, que fue un año y pocos meses adelante.

La vida deste excelente prelado no la he visto escrita por ningún historiador: mas diré lo que he podido recoger de algunos memoriales dignos de fe de Julián Crespo su secretario, y del Maestro Pérez, y algunos puntos particulares que he

hallado en autores que escribieron de él de paso, y a otros propósitos, esperando de gozar de su historia entera, y qual él merece, escrita por algún grande Cronista digno pregonero de sus alabanzas. Porque mi intento en ésta parte no ha sido escribir historia de solos los Arzobispos de Toledo, sino quanto sirve y pertenece a la de esta ciudad, como se ha dicho otras veces.

En la deste gran Príncipe Silíceo, y en el proceso y discurso de su vida, se hallarán claramente dibujados muy al vivo los bajos, y altos de la fortuna, o para decir más verdad, resplandece la providencia de Dios, que escoge las cosas pequeñas, y humildes del mundo, y las levanta a gran alteza: y como dice la divina Escritura, del polvo de la tierra ensalza la pobre, hasta colocarle con los Príncipes

y grandes de su pueblo: para que se entienda que toda aquella grandeza no es heredada de sus padres, y mayores, ni adquirida por solas sus fuerzas, sino por la virtud de Dios, porque no haya lugar de que ninguno se gloríe o ensoberbezca. Desto se guardaba bien nuestro prelado, pues con tener la más suprema silla que hay en la cristiandad después de la romana, y con grandes méritos para esta, no se desdeñaba de acordarse, y platicar en familiares conversaciones de sus humildes principios: y más en público en el primero sermón que hizo en esta santa iglesia, con el mayor auditorio que jamás se vio en ella, le oí yo referir muchas cosas tocantes a este mismo propósito.

Fue pues el Cardenal Juan Martínez Silíceo natural de Villagarcía, lugar de trescientos vecinos de Llerena. Cuentan haber dicho el Emperador don Carlos que de tres villas apenas se podía esperar que saldría cosa buena, Villamanta, Villaharta, y esta Villagarcía. Su padre era un labrador muy pobre, que se llamaba Juan Martínez Guijeño, y su madre Juana Muñoz: el hijo tomó el nombre y apellido de su padre, llamándose Juan Martínez Guijeño, que era apellido de linaje: después por consejo de un Parisiense se llamó Silíceo, sobrenombre derivado del nombre Latino, que significa guija o pedernal. Tuvo un hermano, cuyo hijo fue Lorenzo Silíceo, que casó en Toledo con dona Francisca de Carvajal, señora de mediana fuerte. Deste casamiento se descontentó, y enojó el Cardenal, aunque después perdonó a su sobrino, y le dio mil ducados de por vida: los cuales (por haber él muerto sin hijos) volvieron al colegio de las doncellas que el Cardenal fundó. Tuvo una hermana, cuyo hijo fue don Francisco Silíceo, canónigo de Toledo, y Abad de santa Leocadia. Tuvo también otra hermana mayor que él, la cual murió después de él, y sin hijos.

Siendo niño de edad de dos años y medio, yendo su madre a lavar los paños, le dejó encomendado a unas vecinas: ellas se descuidaron, y el niño se entró en el corral de su casa, donde cayó en un pozo que había sin brocal. Viniendo la madre, y sabiendo del caso, le sacó como pudo, medio muerto, y le puso en la iglesia, delante del altar de nuestra Señora, suplicando a la Virgen por la vida y salud del niño: el cual revivió, y volvió en sí, y señalaba, que una Señora le había sustentado estando en el pozo. Esta maravilla y merced que le otorgó nuestra Señora (guardándole para grande bien de la Iglesia) está pintada en el retablo del altar y capilla del colegio de los Infantes, que él fundó en esta ciudad.

yor que el, la qual murio despues para del, y sin hijos. diar.

Siendo niño de edad de dos nada años y medio, yendo su madre com a lavar los paños, le dexo enco- por V mendado a vnas vezinas: ellas to a fe descuydaron, y el niño se en- bre v trò en el corral de su casa, don- buen de cayò en vn poço que auia sin letra brocal. Viniendo la madre, y fa- huef biendo el caso, le sacò como pu anim do, medio muerto, y le puso en le di la yglesia, delante del altar de me c nuestra Señora, suplicando a la bispe Virgen por la vida y salud del quan niño: el qual reuiuio, y boluio en dò d fi, y señalaua, que vna Señora le viejo auia sustentado estando en el po- cien ço. Esta maravilla, y merced que le viu por le otorgò nuestra Señora (guard- putat andole para grande bien de la culta Yglesia) está pintada en el reta- cebid blo del altar y capilla del colegio tudia de los Infantes, que el fundò en alli fe esta ciudad.

Siendo de poca edad estudio oyen- la Gramatica en Llerena, con diand tan poco regalo y con caridad de v

Siendo de poca edad estudió la Gramática en Llerena, con tan poco regalo, y con tanta pobreza, que iba cada sábado de Llerena a Villagarcía, y traía pan de casa de sus padres para el sustento de toda la semana siguiente, y después sirvió de sacristanejo en su lugar.

La Lógica estudió en Sevilla, y siendo de edad de diez y ocho años con deseo de saber, y de aprender letras, determinó de ponerse en camino para Roma, por buscar allí algún acomodo para poderse sustentar, y estudiar. Lo que anduvo en esta jornada fue a pie: mas no llegó allá, como luego diremos. Pasando por Villanueva de la Fuente, junto a Alcaraz, viéndole un hombre viejo desacomodado, y con buenos deseos de seguir por las letras, le recibió en su casa por huésped, y le regaló, exhortó, y animó al estudio: y cuentan que le dijo por tres veces: El ánimo me da que habéis de ser Arzobispo de Toledo. El Cardenal cuando fue Arzobispo se acordó del pronóstico, y del buen viejo (que ya era muerto) y dio cien ducados a un hijo suyo que le vino a visitar. Pasó también por la ciudad de Valencia, y disputando en las escuelas en la facultad de Artes, vino a ser recibido por ayo de los hijos estudiantes de cierto caballero: y allí se entretuvo algún tiempo oyendo sus lecciones, y estudiando. Estando en esta ciudad de Valencia, un cierto fraile con quien comunicaba le aconsejó, que dejase el acuerdo de ir a Roma, y fuese a la universidad de París, dándole doce ducados para ayuda al camino. Al fin llegó a París con harto trabajo, a pie, y sin dineros, y en tierra extraña, con cuidado de buscar orden para sustentarse, y poder estudiar, que era su principal intento. Entró en una iglesia a encomendarse a Dios, y pedirle remedio: con ánimo, si otra cosa no hallaba, de acomodarse a cualquier oficio bajo, entretanto que se le ofrecía otro mejor arbitrio, con que se poder sustentarse, y proseguir sus estudios. Parece que le oyó Dios, porque viéndole en la iglesia un francés, y informado de su necesidad, pobreza y buenos intentos del estudio, movido de caridad le convidó con su casa: en la cual le tuvo, y regaló por espacio de tres meses, para que pudiera acudir a sus estudios, sin tener cuidado de buscar comida. En este tiempo tuvo lugar de darse a conocer por gran estudiante, y de singular ingenio, ganando sus cursos de Teología, y haciendo sus actos para Doctor: y ganó amigos, con que alcanzó a tener en escuelas una catedrilla de Artes: y aquí le puso el nombre de Silíceo un Maestro de París.

De allí fue llamado de algunos amigos suyos que estaban en Salamanca, donde con la fama y buena opinión que traía de París, obtuvo una cátedra de Artes, y de Filosofía, y vino a ser colegial del colegio mayor, que se llama de S. Bartolomé. Estaba ya con buenos fundamentos derramada la fama de sus letras, y virtud, no sólo en Salamanca, sino en otras muchas partes, que en breve tiempo, vacando la calongía magistral de la iglesia de Coria, la ganó por oposición, y concursó con mucha honra. Desde aquí fue siempre dando mayores muestras de ciencia, virtud y prudencia: tanto que le sacaron por maestro del Príncipe don Felipe segundo, y fue de esta manera. Para haber de escoger maestro del Príncipe

fueron nombrados cuatro comisarios, el Cardenal Juan Tavera, que era a la sazón Presidente de Castilla, el Duque de Alva don Fernando Álvarez de Toledo, y Francisco de los Covos Comendador mayor de León: y el que más particular noticia dio de las partes de Silíceo fue don Jerónimo Suárez, que hacía oficio de Presidente de la general Inquisición, por al Cardenal Tavera, y después fue Obispo de Badajoz, el cual le conocía de Salamanca. Para escoger maestro hicieron los comisarios lista de quince personas de grande fama, que después se resumieron en tres: estos fueron el doctor Ciruelo de la universidad de Salamanca, el doctor Carrasco de la de Alcalá, y nuestro maestro Silíceo. La Emperatriz quiso ver las personas, y dellas escogió a Silíceo.

Tuvo en la casa real Silíceo juntamente tres cargos, o oficios de mucha calidad y honra, maestro, confesor, y capellán mayor del Príncipe don Felipe segundo, como lo escribe Blas Ortiz: y destos títulos usaba el primero año de Arzobispo en sus provisiones. Fue cinco años Obispo de Cartagena, confesor y capellán mayor del Príncipe. Por estos escalones no fue muy dificultoso subir a las mayores dignidades de Arzobispo de Toledo, y Cardenal de la santa Iglesia Romana, como diremos, ayudado de si gran santidad, doctrina, singular facundia, y eficacia en disputar.

Cómo fue promovido Arzobispo de Toledo, y los valerosos hechos que hizo en esta dignidad.

Habiendo fallecido el Cardenal don Juan Tavera Arzobispo de Toledo (como arriba dijimos) primero día de Agosto del año mil y quinientos y cuarenta y cinco: sucedió en el Arzobispado nuestro Cardenal don Juan Martínez Silíceo, Obispo de Cartagena. Cuando el Emperador lo eligió como Arzobispo estaba en Alemania, y escribieron por él el Príncipe don Felipe, y sus dos hermanas. Francisco de los Covos no le era amigo al Arzobispo, así porque le tenía por áspero, como por el pleito del Adelantamiento de Cazorla, en que temía le había de hacer guerra: por tanto deseaba que el Arzobispado se diese a don García de Loysa Inquisidor mayor, y Arzobispo de Sevilla, o a don Fernando de Valdés, que entonces era Obispo de Sigüenza. Algunos han dicho, y creído que el Emperador estuvo determinado de dársele a don Gaspar Dávalos Arzobispo de Granada, y que no lo hizo porque el Príncipe apretó en que se le diese a su maestro, como el mismo Emperador avía procurado se diese el sumo pontificado al Cardenal Adriano, que había sido su maestro. Comoquiera que sea el Emperador nombró, y presentó a don Juan Martínez Silíceo, escribiendo a Juan de Vega su embajador en Roma: el cual despachó breve para tomar la posesión, dado en el mes de Diciembre deste año mil y quinientos cuarenta y cinco. Después le trujo las bulas, y el palio Juan de Silva criado del mismo embajador. Tomó la posesión por el Arzobispo (sábado treinta de Enero del año cuarenta y seis) el licenciado de la Gasca, del consejo de la santa general Inquisición, que había sido Vicario general del Cardenal don Juan Tavera en Toledo, y después

Juan Tavera en Toledo, y después murió obispo de Sigüenza. La primera vez que el Arzobispo visitó su iglesia, que fue día de la Natividad del Señor, deste año de cuarenta y seis, hizo donación y ofrecimiento a su esposa, como en vez de arras, de un grande aparador de vasos grandes, principalmente los doce que pesaron quinientos marcos de plata cendrada, y dorados, que se guardan en sus cajas en el Sagrario de esta santa iglesia, y se sacan y usan dellos en días muy solemnes. Son labrados con tanto primor, que la hechura excede el valor de la plata: y juntamente dio a la iglesia ornamentos muy preciosos.

Nombró el Arzobispo, usando su derecho, por Adelantado de Cazorla a Ruy Gómez de Silva Príncipe de Éboli (aunque por el pleito con el Marqués de Camarasa no pudo entrar en posesión) y luego reclamó de lo que cerca deste Adelantamiento había hecho la sede vacante, y pidió al Papa le fuese restituido: alegando, que la narrativa con que se impetró la gracia en contrario, había sido subrepticia, y otras cosas que referiremos en la descripción desta santa iglesia. Siguió este pleito con gran brío, por defender el estado, y preeminencia de los Arzobispos, y iglesia: tanto que le aconteció llevar a Roma un navío de testigos. El Emperador le escribió, que no pleitease contra el Marqués de Camarasa en este caso: y el Arzobispo respondió, que le perdonase, que no podía hacer en conciencia.

Mucha obras hizo en el tiempo de su pontificado, que demuestran la generosidad de su ánimo, valor, y liberalidad. Prometió al Emperador cuarenta mil ducados para las guerras, con que le exceptuase de subsidio, y lanzas: pagolo cinco años, y después se retiró cesando las guerras. Pidió al Emperador la conquista de Argel, sobre que vino Ruy López a Toledo, y le hicieron capitulaciones. Dio ochenta mil ducados al Príncipe don Felipe segundo cuando fue a Inglaterra.

Siendo Arzobispo luego a los principios escribió, y sacó a luz un libro pequeño en lengua Latina, en declaración del Ave María, y Pater noster: en el cual da razón de las armas que puso en su escudo. Dice que como él no recibió de sus antepasados ningunas armas, o insignias de nobleza deste mundo: luego que vino a la silla Arzobispal acordó escoger las que el Padre celestial dio a su hijo Jesucristo, que son más excelentes que todas las de la tierra, conviene a saber, el nombre de Jesús. Este puso en cifra, fijó en piedra blanca, que es el pedernal: el cual tocado con las oraciones de los Cristianos que le invocan (que son los eslabones) saca lumbre y fuego, esto es la virtud del Espíritu santo, que es comparado a fuego: y la letra Latina que esto declara dice así: *Eximunt tangentia ignem*; y en castellano: Pedernal me es toda cosa. De suerte que sus armas son el santo nombre de Jesús, de que él era singularmente devoto, con el fuego de pedernal, aludiendo a su sobrenombre Silíceo.

Hizo en su tiempo el Arzobispo dos riquísimas rejas del un coro y del otro desta santa iglesia, y los púlpitos de gran precio, y labor, dorados del todo; y las rejas gran parte dellas con oro finísimo de doblones de dos caras, como yo las vi dorar. Proveyó los oficios de su Arzobispado, así los espirituales como los temporales, quitando las pensiones que antes de él se daban a la cámara Arzobispal. Tuvo en su consejo de la dignidad personas de grande autoridad, y entre ellas por Presidente a don Diego de Cardona, hijo del Conde de Alacaudete, que murió Obispo de Calahorra.

Fundó de su propia renta el colegio de doncellas, con título de nuestra Señora del Socorro, de cien doncellas de limpio linaje: cuyos patronos son el Rey de Castilla, y el Arzobispo de Toledo. Fundó asimismo el colegio de los Infantes, edificándole desde sus cimientos, con dos mil ducados de renta: son treinta colegiales, que al principio se instituyó que fuesen cuarenta muchachos, que sirven de clerizones en la santa iglesia, con un Rector racionero de la misma iglesia, y dos maestros, uno de música, otro de buenas letras, y Latinidad: como más por esto se dirá en la segunda parte desta obra. Ayudó también a la fundación de santa María la Blanca, para mujeres recogidas, con darles casa, y juros en Toledo.

Puso este Príncipe en esta santa iglesia el estatuto de limpieza, para que todos los beneficiados Della sean Cristianos viejos, que no descendan de Judíos, Moros, o herejes, según el Cardenal don Juan Tavera lo había puesto en plática, y por entonces no hubo efecto, y acabolo nuestro don Juan Martíñez Silíceo a veinte y nueve de Julio del año mil y quinientos y cuarenta y siete. Y comprende el estatuto a todos los prebendados, dignidades, canónigos, racioneros, capellanes, clerizones, o mozos de coro. Sobre él hubo grandes dificultades: los jurados de Toledo escribieron al Emperador que había revueltas: el Emperador remitió la carta a cancillería, donde dieron por resuelta, que ellos eran seglares, y no podían ser jueces de cosas eclesiásticas. El Papa Paulo tercio confirmó el estatuto a veinte y ocho días de Mayo del año siguiente de cuarenta y ocho. Semejante constitución hay en la capilla de los Reyes nuevos en esta ciudad, y en el de los viejos, y de la Reina doña Catalina, en el tribunal del santo Oficio de la Inquisición, en el monasterio de san Pedro Mártir de la orden de santo Domingo de Toledo, y en otros monasterios, y en los colegios de Salamanca, y de Valladolid, en la cofradía de san Miguel, y la de san Pedro de Toledo, y otras. Y en confirmación y defensión del estatuto de Toledo escribió don Diego de Simancas Obispo de Zamora, disimulando su nombre, y llamándose Diego Velásquez, graduado en derechos, impreso en Anvers año de mil y quinientos setenta y cinco. La parte contraria defiende un autor Francés (de quien se tuvo sospecha que era español, y aún desta ciudad de Toledo) en una prolija apología que escribió contra el Arzobispo de Toledo: y otros algunos.

Fue muy liberal, y caritativo en hacer limosnas a pobres: como se demuestra claramente por una carta suya que escribió al Racionero Huerta, Cura de la Guardia, en respuesta de otra, el año de cuarenta y nueve, que fue muy estéril, y de gran carestía de pan: la cual quise aquí trasladar por ser de tanto ejemplo, y consuelo.

Carta del Cardenal

Venerable nuestro hermano: vuestra carta recibí, juntamente con las copias de los pobres de esa nuestra villa de la Guardia, donde vos sois cura, y vos agradecemos mucho el cuidado que ponéis en administrar esa limosna que les hacemos: y pésame que tengáis tan poca constancia por ser muchos esos pobres, y ruegos mucho que no me hagáis escaso para con ellos, pues Dios me ha hecho tan rico: pues ya sabéis que esta riqueza que yo poseo, más se puede llamar depósito de pobres en mí, que posesión mía. Y por tanto pues yo no soy ni debo ser escaso, principalmente en tiempo de extrema necesidad, como me escribís que hay en nuestra villa: por nuestro amor que tampoco lo seáis en me representar toda la necesidad de ellos, porque tenemos voluntad de se la quitar, y darles todo lo necesario: que bien sabéis que en tiempo de tan extrema necesidad, todo lo que poseemos es de los pobres. Y si esas quinientas y tantas hanegas de trigo que mandé darles, con las quinientas que he mandado se fíen a los ricos del pueblo no bastasen: avisarme heis, para que se lleve cuanto trigo fuere necesario para matar la hambre a esos pobrecicos que en ese pueblo hay. Y no cerréis la puerta a los extranjeros, que por ventura sabiendo que hay limosna acudirán, porque para todos nos da Dios largas rentas que tenemos: y así les proveeremos como a esotros nuestros vasallos, aunque pasen de tres mil pobres. Que si bien supiédeses la ganancia que se nos recrece de los muchos pobres que vinieren a nos, vos pondríades toda la diligencia para los recibir y alegrar: que no sabemos ni alcanzamos a conocer la merced que hace Dios a los ricos en les ofrecer tiempo donde puedan bien emplear sus riquezas. Y pues esta es coyuntura que pocas veces se ofrece en la vida, para servir a Dios, y hacerlo que somos obligados: no la debemos dejar pasar, sino todas nuestras fuerzas emplearlas, con todo lo que tenemos, para servir principalmente a Dios, y favorecer a esos miserables que tanta necesidad tienen. Y así he mandado que no se venda mi pan en las partes donde lo tengo, para que si todo fuere menester para redimir esa calamidad, emplearlo hemos en ello: y todo será poco aunque fuesen veinte mil hanegas de pan, que podrán ser las que al presente (según lo que nuestros mayordomos escriben) tenemos. Creo que bastará para que estéis persuadido que ésta es nuestra voluntad, lo que hasta ahora por esta nuestra carta vos tenemos significado. Nuestro Señor os haga bienaventurado. De Toledo a quince de Marzo, de mil y quinientos cuarenta y nueve. Al venerable Racionero Huerta, nuestro Maestro de ceremonias. Ioannes

Otras nueve mil hanegas de trigo dio liberalmente nuestro gran Arzobispo Silíceo a esta ciudad de Toledo, que estuviesen en depósito, para repartir en pobres vergonzantes en tiempo de esterilidad, como se verá escrito en un letrero que está en la sala del Ayuntamiento, en las paredes, con letras grandes: y así fue llamado padre de los pobres. Y hase de advertir que valía el Arzobispado de Toledo en estos tiempos ciento y treinta mil ducados, nada más: y con esta renta hacía limosnas, y liberalidades tan grandes, como ahora se harían con más renta que al doble.

Lo que resta de decir de nuestro Arzobispo Silíceo, y de su muerte se dirá después en su lugar.

.../...

En este mismo año de cincuenta y seis le trajeron el capelo de Cardenal de la santa Iglesia Romana al Arzobispo Silíceo, en la cual dignidad fue creado por el Papa Paulo cuarto, con título de los santos Nereo y Achileyo. Recibióle el cardenal el día de Nuestra Señora a veinte cinco días de Marzo a la puerta del Perdón en esta santa iglesia, con extraordinaria solemnidad, alegría y aplauso.

En el mismo año de cincuenta y seis, a los doce de abril se alzaron pendo- nes en esta ciudad de Toledo por el Rey don Felipe segundo, por la renunciación que en él había hecho el Emperador.

El Cardenal derribó las tiendas de la plaza de Ayuntamiento de junto a la iglesia, con que ensanchó y autorizó la plaza, por mandato del Rey: el cual posó en las casas Arzobispales yendo a Inglaterra.

A treinta y un días del mes de Mayo del año cincuenta y siete murió el Cardenal Silíceo. Y aunque se le había propuesto principal entierro en la santa iglesia, no arrostró a ello, y se mandó enterrar en el colegio de las Doncellas que él dejó dotado en Toledo, en las casas de don Diego Hurtado de Mendoza Conde de Melito. Sucedióle en el Arzobispado don fray Bartolomé de Carranza y de Miranda, de la orden de santo Domingo, del cual se dirá en otro capítulo.